

ESTUDIO INTRODUCTORIO*

I. Sobre el texto y el personaje

Fue Pedro Cardim quien puso en nuestro conocimiento la existencia del *Diario Bellico*¹ de Fray Domingos da Conceição, al tiempo que nos advirtió sobre el interés de su contenido. No solo eso sino que, muy amablemente, nos proporcionó un extracto del texto para que pudiéramos cerciorarnos de ello. Él mismo se había referido al autor y al *Diario* en su trabajo *Portugal en la guerra por la Sucesión de la Monarquía española*².

Pronto nos percatamos del interés y de la originalidad del contenido del *Diario*. Ayudados en cada uno de los pasos por Pedro Cardim, pedimos reproducción del original a la Academia das Ciencias Políticas de Lisboa, encargamos una transcripción a Alexandra Canaveira de Campos y, acto seguido, encomendamos a David Martín Marcos la tarea de traducir el

* Este estudio se inscribe en la investigación de los proyectos coordinados por J. Albareda: «La formación del Estado borbónico (1700-1746)», Ministerio de Ciencia e Innovación (HAR2008-03291/HIST), «España y los tratados de Utrecht (1712-1714)» (HAR2011-26769) y el «Grup d'Estudi de les Institucions i de la Societat a la Catalunya moderna (segles XVI-XVIII)», Generalitat de Catalunya (2005SGR 00633), y por V. León Sanz: «Los Estados Europeos después de la Paz de Utrecht: la pugna mediterránea (1713-1748)», Ministerio de Ciencia e Innovación (HAR2010-16941/HIST).

1. Frei Domingos da Conceição, *Diario Bellico*, Academia das Ciências de Lisboa, manuscrito vermelho, n.º 45. Agradecemos a los responsables de la institución las facilidades que nos han dispensado de cara a su estudio.

2. P. Cardim. «Portugal en la guerra por la Sucesión de la Monarquía española», en F. García González (coord.), *La Guerra de Sucesión en España y la batalla de Almansa. Europa en la encrucijada*, Madrid, Silex, 2007, pp. 231-282.

texto del portugués al castellano, un trabajo nada fácil a causa de su carácter intrincado, de su deficiente expresión y estilo, sin signos de puntuación, así como por sus errores o imprecisiones, especialmente en el caso de los topónimos. En este punto, es de justicia reconocer el mérito del trabajo de Martín al objeto de facilitar su lectura y comprensión.

Paralelamente, intentamos recabar información sobre el autor Fray Domingos da Conceição, una tarea que ha resultado harto improductiva, a pesar de que hemos contado con el apoyo de Alexandra Canaveira de Campos y de Tiago Miranda y André Costa. A todos ellos nuestro más sincero agradecimiento por su ayuda. Por lo menos, gracias a Canaveira, hemos aclarado que existe otra versión del *Diario*, guardada en el Archivo Histórico Militar³, que consiste en una transcripción de Américo Filipe da Silva, sin fecha, realizada probablemente después de 1950, una transcripción más libre pero que no presenta diferencias sustanciales respecto a la original que hemos manejado. Finalmente, queremos expresar nuestro reconocimiento a Enrique Giménez por el interés que mostró, desde el primer momento, por la publicación del texto en la prestigiosa editorial Publicaciones de la Universidad de Alicante.

Todo cuanto sabemos acerca del personaje es que era franciscano, nacido en Cadaval el 16 de mayo de 1669, hijo de Domingos Dias e Isabel Carvalha. Tomó el hábito de la Tercera Orden Seráfica de la Penitencia en el convento de San Francisco en Mogadauro, en la provincia Transmontana, el 30 de septiembre de 1687. Fue capellán de un tercio del marqués Das Minas durante la Guerra de Sucesión y acompañó a a los ejércitos portugueses en su itinerario por tierras hispánicas entre 1706 y 1713, periodo en el que redactó el *Diario*⁴. Concretamente, entre el 24 o el 30 de marzo de 1706 y el 16 de marzo de 1713 (el 7 de enero de 1713 las tropas portuguesas abandonaron Cataluña).

3. Archivo Histórico Militar, PT AHM/DN/1/04/1/12.

4. D. Barbosa Machado, *Bibliotheca Lusitana* (1741), tomo I, Coimbra, Atlântida Editora, 1965, pp. 709-710.

Por último, conocemos la existencia de un Fray Domingos da Conceição, también franciscano, que partió para las Indias como segundo capellán de la nave *Nossa Senhora da Madre de Deos* en 1731⁵. De tratarse del mismo personaje tendría, entonces, sesenta y dos años.

El recorrido de las tropas portuguesas

Apuntaremos, antes que nada, al objeto de situar al lector, el recorrido efectuado por las tropas portuguesas a las que acompañaba nuestro protagonista, a partir de los acuartelamientos y campamentos que constan en su *Diario* (dejando al margen los múltiples destacamentos que se desplazaron a partir de ellos). Así, la campaña de 1706 partió de Atalaya de los Zapateros el 24 de marzo hacia Caya, Carola, San Salvador, Nuestra Señora de Carrión, Albuquerque, Castillo de Mayorga, San Vicente, Membrillo, Brozas, Alcántara, Coria (río Alagón), Raya, Salvaterra, Zarza, Galisteo, Plasencia, Malpartida, Almaraz. Ciudad Rodrigo, Río Tiétar, Cadalso, Descargamaría, El Sahuigo, Puerto de Cantarranas, Almeida, Sancti-Spiritus, Salamanca, Huerta, Alba de Tormes, Azud, Fontiveros, Villacastín, El Espinar, puerto de Guadarrama, Nuestra Señora de Retamar, San Lorenzo de el Escorial, Manzanares, Madrid, Torrejoncillo, Alcalá, Guadalajara, Hita, Jadraque, Yunquera, Chinchón, Ocaña, Fuentidueña, Barajas, Torrejoncillo, la Torre, Campillo, Perales, Quintanar, Iniesta, Caudete, Requena, Utiel, Siete Aguas, Chiva, Bunyol, Alzira, Llombai, Carlet y Valencia.

En la campaña de 1707 las tropas salieron del reino de Valencia para el de Castilla, hacia Carcagente, Xàtiva, Vallada, Fuente la Higuera, Caudete, Yecla, Villena, Almansa, Alzira, Carlet, Catarroja, Murviedro, Villarreal, Cabanes, Cuevas, Ulldecona, San Mateo, Tortosa, Benifallet, Ginestar, Vinebre, Granadilla, Lleida, Tamarit, Balaguer, Vilanova de la Barca, Torres de Segre, Bellpuig, Santa Coloma, Els Hostalets, Tàrrrega, Les Borges, Vimbodí, Sant Sadurní d'Anoia, el Vendrell, Vilaseca,

5. Instituto dos Arquivos Nacionais. Torre do Tombo. Chancelarias Régias. D. João V, Liv. 79, f. 100 v^o-101.

Tarragona, Montroig, Poboleda, Falset, Tivissa, Tamarit, El Vendrell y Vilafranca.

En la de 1708 partieron de San Esteban (cerca de Montserrat), Martorell, Barcelona, Arenys de Mar, Girona, Banyoles, Olot, Camprodon, Ripoll, Borredà, Cardona, Prats del Rei, La Cirera, Castelladral y Sant Feliu Sasserra.

En la campaña de 1709 las tropas salieron, el 29 de mayo, de La Cirera (cerca de Santa Coloma de Queralt), hacia Balaguer, Anglesola, La Fuliola, Viver, Vilanova de la Barca, Torre del Segre, Guissona, Manresa, Moià, Caldes, Castellterçol, Granollers, Cardedeu, Llinars, Hostalric, Girona, Esponellà, Besalú, Sant Cugat, La Garriga, Centelles, Vic, Manlleu y Sant Hipòlit de Voltregà.

La campaña «felicísima» de 1710, como la califica el autor, tuvo su origen el 16 de mayo en Agramunt para proseguir, las tropas, hacia Montgai, Balaguer, La Portella (río Noguera), Balaguer, Almenar, Monzón (río Cinca), Barbastro, Estadilla, Albalate (junto al Cinca), Osso, Candanos, Bujaraloz, Zaragoza, Plasencia, Calatorao, Épila, Calatayud, Ariza, Huerta, Medinaceli, Sigüenza, Hita, Guadalajara, Alcalá, Madrid, El Pardo, Villaverde, San Martín del Río, Villaseca, Puente Largo, Villarejo, Toledo, Aranjuez, Estremera, Albares, Trillo (junto al Tajo), Cifuentes, Brihuega, Molina, Báguena, Burbáguena, Daroca, Manchones, Cariñena, Longares e Igualada.

En la de 1711 las tropas partieron de Igualada hacia la Pobla, Prats del Rei, Castellavall, Solsona, Ollana, Abella, Organ-ya y La Seu d'Urgell.

La campaña de 1712 se inició en Tous y La Cirera (la Segarra), hasta que la retirada en septiembre de los ejércitos británicos paralizó la actividad de las tropas portuguesas.

El 7 de enero de 1713, las tropas emprendieron el camino de retorno a Portugal desde La Cirera, pasando por Tàrraga, Lleida, Aitona, Mequinensa, Caspe, Escatrón, Puebla, Oliete, Blesa, Montalbán, Galve, Escorihuela, Teruel, Villel, Ademuz, Moya, Enguidanos, Campillo, Villanueva de la Jara, Sisante, San Clemente de la Mancha, El Provencio, Socuéllamos, Tomelloso, Membrilla, Manzanares, Almagro, Ciudad Real, Abenójar, Saceruela, Audo, Siruela, Puebla, Campanario, Don Benito,

Guareña, la Zarza, Almendralejo, Santa Marta (ya en Portugal), la Torre, Almendral, para llegar a Olivenza el 16 de marzo de aquel año.

Escribir lo visto

Pero ¿con qué objetivo Fray Domingos da Conceição escribió el *Diario Bellico*? El autor declara reiteradamente que su intención no es otra que escribir lo que vio y lo que le contaron personas de crédito. Advierte de que otros «darán largas noticias conforme a su inclinación y genio», mientras que él se limita a contar lo que vio personalmente «sin disminuir ni acrecentar, ni tener inclinación alguna» (fs. 87v-88r). Ahí radica la gran diferencia, afirma, con lo que escriben otros cronistas de la guerra que narran acontecimientos estando, en aquellos momentos, «a más de cincuenta leguas» y que «de ordinario son los que más hablan y menos hicieron» (f. 131r). El motivo que le anima a escribir, según cuenta, es el de la mera curiosidad, una suerte de *divertimento* y para recuerdo del propio autor, lo que le ahorra incurrir en «mayores hipérboles y elogios conforme a su aficción e inclinación» como es el caso de otros narradores, puesto que su intención «no es la de lisonjear a nadie ni ser cronista de estas guerras» (f. 155r).

Ciertamente, el autor se mantiene, en términos generales, fiel a este principio. En el sentido más literal, cuando se deleita en describir los lugares por donde pasa y su entorno: ciudades, villas, pueblos, santuarios, conventos, etc., explicando aquellos elementos de cada lugar que considera más singulares. Hay que señalar que no se limita a una descripción de edificios y monumentos significativos (preferentemente eclesiásticos, a los que dedica bastante atención), sino que completa su narración con interesantes comentarios sobre las actividades económicas más destacadas del lugar en cuestión, sobre sus gentes (a menudo en relación con el trato que dispensan a las tropas portuguesas) para añadir, a veces, informaciones relativas a leyendas o tradiciones del lugar. En otro sentido, podemos constatar su fidelidad a la verdad cuando narra sin complejos los abusos, robos y saqueos o incendios de pueblos perpetrados

por las tropas aliadas, en paralelo a los desmanes que efectuaban las borbónicas, mostrándose especialmente crítico con los oficiales que mandaban los ejércitos coaligados. En efecto, describe incesantemente la crueldad y la dinámica infernal de la guerra dando lugar, a veces, a un relato desgastador que configura un auténtico compendio del llamado *arte de la guerra*, denostado por Voltaire mediante su sátira mordaz.

Ahora bien, hay que precisar que el *Diario* no persigue ofrecer una visión detallada y documentada, con pretensiones historiográficas, como buscaba Francesc de Castellví en sus *Narraciones históricas*, convertida en una obra fundamental para el estudio de la Guerra de Sucesión gracias a su exigencia metodológica y exhaustividad, además de su notable objetividad⁶. No radica en ello el principal atractivo del texto para el historiador o para el lector. El *Diario* ofrece una visión descriptiva, podríamos decir que impresionista, de aquello que reclama la atención del autor, ya sean ciudades, gentes, actividades económicas o prácticas de los ejércitos contendientes, sin entrar a fondo en las cuestiones que narra, en cuyo enfoque reside precisamente su valor. Pero, al mismo tiempo, hay que decirlo, su limitación. A ello añadiremos que no es precisamente su estilo literario lo que le confiere un interés especial. Un estilo mermado por una capacidad de expresión muy limitada y por las continuas reiteraciones en que incurre, por no hablar de los errores que contiene. No hay que olvidar, por otra parte que, tal como hemos visto al exponer el itinerario, el portugués pasó mas de cuatro años en Cataluña, lo que explica la mayor atención que dedica a este territorio en el texto.

El libro de Conceição se podría considerar como una especie de crónica de la guerra, sin embargo esto no es así exactamente. El mismo autor afirma en reiteradas ocasiones que su objetivo es escribir la información que «puedo dar, lo que otros harán con más curiosidad pero no con más verdad, que mi intención no es más que escribir lo que vi y me dijeron personas

6. F. de Castellví, *Narraciones históricas*, 4 vols., F. Mundet y J. M. Alsina (eds.), Madrid, Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo de Pércopo, 1997-2002. Sobre el autor, véase A. Alcoberto, *L'exili austracista (1713-1747)*, I, Barcelona, Fundació Noguera, 2002, pp. 203-218.

fidedignas» (f.73v). La consecuencia de este planteamiento es su limitación, puesto que solo narra aquellas operaciones en las que estuvo presente, omitiendo en líneas generales otro tipo de hechos, tanto políticos como militares, que se produjeron durante la Guerra de Sucesión en la península y en Europa. Pero incluso la descripción de los movimientos de su regimiento y el enfrentamiento con el ejército borbónico, en ocasiones queda diluida con la minuciosa y detallada descripción de las villas y ciudades que recorre. Por lo tanto, es conveniente advertir las peculiaridades de esta fuente. Sin embargo, estas deficiencias no impiden conocer algunos aspectos fundamentales del desarrollo de la contienda dinástica y los principales encuentros y batallas de los ejércitos aliado y borbónico. En cambio, resulta más complejo el relato de las consecuencias de la guerra en la península.

Describiendo ciudades y lugares

El autor se recrea describiendo ciudades importantes y edificios de especial relevancia, especialmente religiosos, con minuciosas referencias a su contenido artístico y a las reliquias y tesoros guardados en ellos. Así sucede con Salamanca, ciudad que cuenta con «una de las más florecientes universidades de Europa», de la que admira la fertilidad de sus tierras «donde hay labradores con mucha más fábrica y riqueza que los mejores de nuestro Alentejo» (f. 12v) y destaca la abundancia de productos y su carácter asequible en la plaza. Por todo ello la califica como la más rica población de Castilla. También describe con lujo de detalles el monasterio de San Lorenzo de El Escorial, que tiene «cosas admirables, como cosa en que los reyes de España se empeñaron en hacer con tanto gasto», lugar de reposo y de caza del rey (f. 17r). Escribe que cuenta con una magnífica biblioteca con más de 10.000 libros, aunque años atrás perdió una cantidad similar en un incendio. Entre ellos se encuentra «el Corán de Mahoma en lengua árabe que es el mismo que él escribió con su desgraciada mano» (f. 16v). De Madrid empieza diciendo que «las grandezas de esta corte son muchas, que para escribirlas sería necesario un gran volumen»

(f. 17v) y exalta sus palacios y edificios nobles, como el Palacio Real del que Felipe V había hecho retirar las pinturas antes de abandonar la capital en 1706. Describe también El Retiro y destaca la grandeza de la Plaza Mayor. Añade, como dato curioso, que la ciudad «cuenta con más de cinco mil coches de paseo y entre estos muchos de alquiler», así como unas interesantes notas costumbristas: «La gente es afable y cariñosa, alba y descolorida. La plebe es canalla y cualquier cosa le hace novedad, por muy poco hacen motines [...] en el río [Manzanares] se ven continuamente innumerables lavanderas que lo hacen muy vistoso y de ordinario se verán en el estío dentro de este río varias chozas donde van muchas señoras a tomar sus baños, que aunque el río es tan celebrado no lleva agua de consideración» (fs. 18v-19r). Lo único que echa en falta en Madrid es el pescado del mar, puesto que en la capital solo se consume el salado. Pero este no era, a su juicio, ni mucho menos el principal inconveniente, sino «la lascivia [que] en esta corte reina más que en cualquier otra de Europa, las mujeres mundanas no tienen número y creo que son muy pocas las que no se ejercitan en la elección de Cupido, pero, con todo esto, hay mucha virtud en todos los sexos en esta corte, y por virtud de estos, me parece suspende Dios su ira porque los pecados de esa corte son infinitos» (fs. 19r-19v). El palacio de El Pardo reclama su atención, «es obra maravillosa, tiene admirables salas y nobles pinturas», destacando sus dehesas y la caza que los reyes encuentran en sus bosques (f. 106v). También Aranjuez, con sus extensos bosques y alamedas y los jardines «con calles de varias flores» y espléndidas y elaboradas fuentes, entre ellas «la fuente de las trampas porque cuando más descuidado se está, sale de varias partes sin sentirse tanta inundación de agua, que todos quedan empapados» (f. 109r). Y con sus manadas de camellos, búfalos de cuya leche se obtiene «la más singular mantequilla que hay», y manadas de yeguas, potros, mulas y machos, que lo convierten en lugar privilegiado de descanso y diversión para los reyes (f. 110r).

Otras ciudades merecen comentarios detallados y elogiosos. Del reino de Valencia subraya los puertos de El Grau, Denia y Alicante. De Zaragoza destaca, cómo no, el santuario del Pilar

y la Seo, y de Barcelona comenta que la ciudad «está habitada por todas las naciones del mundo» (f. 65r), que «la gente no es mala» y que el Palacio Real «es muy bueno pero para rey es pequeño» (f. 65v). Del monasterio de Poblet, recuerda que guarda las sepulturas de los reyes de la Corona de Aragón, entre ellas la de Jaime I, y se refiere a una fuente de surtidor en el claustro «que continuamente está lanzando agua a modo de laberinto y como si se tratase de olas» (f. 55v). De la «prodigiosa» montaña de Montserrat le llama la atención que la Virgen «es extremadamente morena» y que «allí se encuentran de ordinario romeros de todas las partes de Europa aunque no en este tiempo por causa de la guerra» (f. 61v). Añade que «hasta una lámpara del Gran Turco está en este santuario aunque no esté colocada e incorporada como las demás». Y no olvida citar a la Escolanía: «Hay aquí en torno a 20 niños para ayudar en misa. Estos tienen su maestro de solfa y toda variedad de instrumentos con los que continuamente alaban a la Madre de Dios» (f. 62v). De la Seu d'Urgell menciona los conflictos derivados de los abusos cometidos por los canónigos sobre los pueblos vecinos que estaban bajo su jurisdicción civil y criminal, y de Andorra señala su peculiar situación política, bajo el dominio de los reyes de España y de Francia, cuyos moradores «son neutrales, no pagan tributo alguno. Si alguno de estos príncipes les saca contribución alguna, el otro también lo quiere, de tal modo que están exentos de alojamientos y otras pensiones» (f. 148v).

Actitudes políticas durante la guerra

Sin duda alguna, una de las contribuciones más meritorias del *Diario* es que se muestra atento a las actitudes de los pueblos y de los territorios ante los dos partidos que se enfrentaron en la guerra siguiendo a Felipe V o a Carlos III el Archiduque. En efecto, una de las cuestiones que el autor expresa con más naturalidad a lo largo de la narración es la toma de partido de los territorios de la Corona de Aragón por Carlos III el Archiduque y, al contrario, a favor de Felipe V en los territorios de Castilla. Así, al llegar a tierras valencianas escribe: «Aquí fuimos recibidos con notable alegría de los moradores que se admiraban

como si no hubieran visto soldados en su vida» (f. 31v). De Alzira dice que «la gente es muy afecta al Imperio, lo que no le ha costado poco» (f. 34v). De Xàtiva destaca que «mostró siempre el aborrecimiento que tenía al gobierno de Francia, dado por Castilla, y la afección que tenía al de la Casa de Austria, que le ha servido de ruina, de tal modo que le han quitado el nombre de Xàtiva y puesto el nombre de Villa de San Felipe» (f. 34r). Y, por todo ello, colegía que «naturalmente son enemigos capitales los castellanos de los valencianos, hacen unos a los otros todo el mal que pueden» (f. 16or).

En otra ocasión se refiere a Monzón, donde se hallaban «muchas familias del Reino de Aragón que habían venido huyendo de la tiranía de los franceses y castellanos» (f. 46r). Al hacer mención de la Plana de Vic, lugar de origen de los *vigatans* (austracistas), recuerda que «la gente es belicosa y muy inclinada a las armas [...] que no hay pequeño ni grande que no lleve su charpa con dos o tres pistolas y una escopeta larga. Y fueron estos los primeros que se levantaron contra Felipe V y aclamaron a Carlos III dos meses antes de que llegase a Barcelona y sostuvieron la guerra hasta que fueron socorridos con tropas de dicho señor» (fs. 84r-84v).

Aproximándose a Zaragoza en 1710 constata que «venían saliendo de la ciudad todos los paisanos con notables vivas y aclamaciones» (f. 99v). Sobre los aragoneses, subraya que la gente «es muy agradable y cariñosa» y que además muestran un especial afecto a los portugueses, «y de quien son más enemigos son de los propios castellanos, que ellos no pueden ver siendo dominados por su príncipe y hablando la misma lengua castellana, aunque con diferentes leyes y diferente moneda» (fs. 101v-102r). También explica que en Calatayud fueron acogidos «con notable alegría de aquel pueblo por la afección que tiene al Imperio y la aversión que tienen a los franceses. De todos los pueblos vecinos se hallaba aquí innumerable gente, que esperaba para ver al rey [Carlos III] [...] Salió toda esta multitud de gente a esperarlo a bastante distancia y con notable alegría lo vinieron acompañando hasta la ciudad, donde estaban todas las calles armadas de paños de seda y raso y de varias pinturas, y era tanta la gente que de muy lejos lo venía

a ver que era necesario al rey manifestarse al pueblo al menos dos veces al día» (fs. 103r-103v). Asimismo, escribe que cuando las tropas aliadas abandonaron Zaragoza aquel mismo año «toda esta ciudad era confusión y llores por ver que habían de quedar otra vez bajo la obediencia de Felipe V, gobierno que ellos tanto abominaban». Si bien sabe matizar: «Aunque la mayor parte de la ciudad aborrecían al gobierno de Francia ni por eso dejaba de haber muchos que lo deseaban» (f. 123r). En otro momento escribe que «como el reino de Aragón se ha declarado tanto por el Imperio, no los pueden ver los ministros del príncipe que los gobierna [Felipe V]» (f. 158v). Al comentar la campaña de 1710, que se saldó con el dominio borbónico de la Plana d'Urgell, La Segarra y l'Empordà, «de los que los enemigos quedaron señores haciendo notables hostilidades y tratando a los paisanos como a esclavos, no como a vasallos ni como quien hace intención de reinar en aquel país», saca a colación «la aversión que estas dos naciones castellana y catalana tienen una a otra, que creo que harían mejor liga cualquiera de ellas con los moros que la una con la otra» (f. 127r). Pero cabe advertir que su percepción sobre la toma de partido de los catalanes es claramente recelosa, distinta de la que le merecen sus vecinos de la Corona de Aragón, hasta el punto de afirmar que «esta gente no tiene más rey que su conveniencia» (f. 60v). Una actitud extremadamente crítica que se percibe a lo largo del texto. Volveremos sobre ello.

Su interés por las ciudades y pueblos que mostraron, a las claras, su inclinación por Carlos III, no le impide dejar constancia de aquellos que prestaron, en algún momento de la guerra, su obediencia a Carlos III como hicieron en 1706 Cáceres, Trujillo, Ávila, Segovia y Madrid. Así, refiere que en la capital «iba saliendo toda aquella plebe de dentro de la corte dando vivas a Carlos III y a los portugueses aplausos», precisando, a renglón seguido, «aunque fuese con buena pena de su corazón» (f. 17r). Después de exponer las manifestaciones de júbilo en Madrid el 3 de julio, presididas por «un teatro muy bien adornado y compuesto con un riquísimo dosel que cubría el retrato de Carlos III. Este estaba vestido al uso de España y con golilla» (f. 19v), añade que «no pasó mucho tiempo para que

mostrasen que toda su alegría era fingida» (f. 20r). Algo parecido cuenta en relación con Chinchón. Ciertos comentarios relacionados con la actitud política de los castellanos resultan harto reveladores. Al referirse a Tarancón asegura que «la gente es pésima y mal encaminada, digo inclinada, que basta decir que es de La Mancha» (f. 26v), cuyas gentes «no son débiles pero incluso así tienen más de soberbia que de valentía» (f. 164r). Extremo en el que insiste al final de la guerra, en 1713: «El trato de la gente es muy despreciable tanto en la política como en todo lo demás» (f. 164r). Sobre Huerta escribe que «la gente no nos mostró mal agrado aunque el corazón fuese castellano. El Rey también fue aquí recibido con agrado y muchos festejos» (f. 104v). El comentario que dirige a la ciudad de Sigüenza es parecido, si bien añade de nuevo la coletilla «Aunque después mostraron que toda aquella alegría era fingida» (f. 104v). El caso más paradigmático lo constituye Madrid en la ocupación de 1710 por parte de Carlos III el Archiduque: «aunque las aclamaciones eran muchas, bien mostraban no ser más que por ceremonia. Estaba esta corte de Madrid desierta por haberse ausentado todos los señores de primera grandeza por orden del señor Felipe V» (f. 105v), a lo que añade el comentario de que en la ocupación de 1706 le acompañaron tropas portuguesas, lo que sentó mal a los castellanos, que preferían que «antes viniesen moros porque incluso les estaba mejor» (f. 106r). No se trataba ya de una cuestión de simpatía o de antipatía hacia las tropas aliadas sino, lisa y llanamente, de seguridad. En efecto, constata que «como el país estaba contra nosotros, en parte alguna estábamos seguros siendo pocos» (f. 107r). Insiste en ello cuando se refiere a Villaseca «porque la noche era día para nosotros, que en cinco días que aquí estuvimos no se durmió noche alguna y todo era necesario para quien estaba en tierras de enemigos como nosotros estábamos» (f. 111r). También se hace eco del carácter expectante de algunos nobles: después de que Felipe V, al abandonar Madrid, diese orden de que todos le siguieran, «unos lo siguieron y otros se retiraron a sus estados a ver en qué paraba la tragedia con el fin de ver de qué lado se volverían» (f. 107v). De Toledo, después de destacar las aclamaciones a Felipe V acaba sentenciando: «La gente de esta

ciudad y su distrito es la más inconstante que tienen todas las Españas» (f. 113r). En cambio, resalta que en Daimiel había muchos seguidores del «partido del Imperio» (f. 163r).

Al hablar de Campillo alude a las sumas elevadas que los castellanos pagan a Felipe V «y no les valen requerimientos ni se pueden llamar vasallos sino esclavos, que como tales son tratados» (f. 161r). Un argumento que fue esgrimido por los austracistas catalanes cuando en 1713 decidieron resistir ante las tropas borbónicas, al defender que las Constituciones eran una auténtica barrera a las apetencias fiscales y militares de los reyes, a diferencia de lo que sucedía en Castilla donde el monarca disponía de un amplio margen de maniobra para imponerlas a sus súbditos.⁷

Finalmente, al referirse a Épila relata, con un enjundioso comentario final que nos informa sobre el respeto que le merecían los reyes y la concepción de la política de nuestro personaje, que la gente no era muy afecta a la Casa de Austria por lo que Carlos III no quiso entrar en la villa «y aunque sus moradores salieron y fueron con vivas y aclamaciones, mandó a sus guardias que a golpes los hiciesen retirar a sus casas». Y prosigue: «Con esto castigó la desatención que aquel pueblo había tenido con él en una comedia que hicieron para aplaudir a la persona del señor duque de Anjou y vituperar la suya, cosa tan mal hecha que no debe príncipe alguno ni justicia consentir que de otros príncipes se hagan semejantes desatenciones aunque sean enemigos porque sus dudas y derechos se reducen a las armas y no a las burlas de apasionados» (fs. 102v-103r).

Una economía en recuperación

Pero, además, el *Diario* resulta especialmente interesante por los significativos comentarios que expresa sobre las actividades económicas de los territorios hispánicos por los que transita. En términos generales dibuja una agricultura en vía de

7. J. Albareda, *Escrips polítics del segle XVIII. Tom I. Despertador de Catalunya i altres textos*, Eumo Editorial, Institut Universitari d'Història Jaume Vicens Vives, Vic, 1996, pp. 170-176.